

**LA OBRA FRONTERAS ÉTNICAS EN LA
CONQUISTA DE NICARAGUA Y NICOYA.
ENTRE LA SOLIDARIDAD Y EL CONFLICTO
800 D.C-1544. ¿AVANCE O RETROCESO
EN LA HISTORIOGRAFÍA COLONIAL
CENTROAMERICANA? UNA RESPUESTA
A JUAN CARLOS SOLÓRZANO**

*Eugenia Ibarra Rojas**

Introducción.

Este artículo constituye una respuesta a las críticas presentadas por Juan Carlos Solórzano a dicha obra, publicadas en *Entre dos siglos. La investigación histórica costarricense 1982-2002*.¹ La ocasión me parece oportuna para contribuir al reconocimiento de uno de los tipos de historia colonial que también forma parte de las diferentes maneras de hacer historia social y colonial en Costa Rica y Centroamérica. Novedosa y no novelera, por cierto. Científicamente lograda y no inventada ni imaginada.

* M.Sc. en Historia por la Universidad de Costa Rica. Docente de la Escuela de Historia, e investigadora del Centro de Investigaciones Históricas, ambos de la Universidad de Costa Rica. Correo electrónico: euibarra@racsa.co.cr

La máxima preocupación de Juan Carlos Solórzano estriba en que, de acuerdo con la lectura que él hace de la obra, el uso que se ha hecho de la antropología en la interpretación de algunos fenómenos sociales, relacionados con la conquista, enfatiza aspectos culturales, dejando de lado explicaciones históricas contundentes logradas por otros autores, con anterioridad a la presentación de la obra; por ejemplo no enfatiza en aspectos como el carácter violento de la conquista, el saqueo y el pillaje, los abusos, los maltratos al indígena, ni la explotación, entre otros. Por lo tanto, argumenta, la obra es un ejemplo de la corriente norteamericana llamada de “estudios culturales”, que se ha filtrado en la historiografía colonial de Costa Rica y que ocasiona pocos aportes al conocimiento de la historia de la conquista en Nicaragua y Nicoya en el periodo citado.

El *quid* del problema entre las ideas de Solórzano y las mías, radical, me parece, en que existe una diferencia entre la historia colonial “ortodoxa” y la historia colonial reconstruida interdisciplinariamente. La segunda alternativa, dados los nutrientes que brindan otras disciplinas como la antropología, producirá matices distintos en los productos finales, sin obviar ni desacreditar los aspectos plenos de violencia que encierran las conquistas. La primera alternativa, más conservadora y hasta radical, producirá resultados de corte más tradicional: explicará un proceso de conquista y colonización centrado principalmente en los aspectos de conquista militar y de expoliación de los indígenas, subrayando sus fases más violentas. En síntesis, se confrontan dos maneras de abordar la historia de la conquista y de la colonización, por dos autores con formaciones diferentes. A mi juicio, las dos igualmente válidas en la medida en que ambas siguen con rigurosidad las demandas del oficio del historiador.

Estas páginas tienen el objetivo principal de demostrar que las críticas vehementes de Solórzano no se sostienen cuando se conoce la obra detalladamente, cuando se analiza el contexto general y se comprenden sus orientaciones teórico-metodológicas. Pero antes haremos algunas observaciones generales al artículo en sí.

Cuestiones formales del artículo de Solórzano

En términos amplios, el artículo de Juan Carlos Solórzano no puede reflejar un balance del desarrollo de la historiografía colonial en la década de 1992 a 2002 pues deja de lado publicaciones de historiadores "colonialistas". (En el caso de esta autora, faltarían dos libros y cerca de 10 artículos). En ese sentido, queda incompleto el *corpus* documental que permitiría hacer un balance exhaustivo. El estudio del desarrollo de la historiografía debe basarse en la mayor cantidad de las publicaciones producto de todos los especialistas. Ello incluye las publicaciones que también se han preparado para la difusión a públicos menos especializados, en periódicos, por ejemplo, como el suplemento que coordinó Elizabeth Fonseca con motivo del 12 de octubre de 2002. La preocupación por difundir los resultados de la investigación colonial a otros públicos forma parte esencial del quehacer historiográfico en cualquier época. Por lo tanto, el título del artículo es poco apropiado y el corpus analizado está incompleto.

Observo, además, un desequilibrio temático en el trabajo de Juan Carlos Solórzano, en el que dedica pocas líneas a algunos trabajos y muchas páginas a otros, como ocurre con mi trabajo en el libro en cuestión. Enseguida pasaré a presentar la obra, pero antes es totalmente pertinente volver la atención al desarrollo de las relaciones entre la antropología y la historia. Así se harán más claras las maneras como se han ido entretrejiendo ambas disciplinas en la obra, y cómo esta investigadora las hilvana en la interpretación de la historia indígena del periodo de la conquista y la colonia.

El Programa de Posgrado en Historia de la Universidad de Costa Rica y el Centro de Investigaciones Históricas de América Central (CIHAC) abogan por una formación histórica y una investigación de la disciplina de manera interdisciplinaria y, además, centroamericana. Muchos de nuestros profesores nos han transmitido la conveniencia de abordar la historia colonial de otras maneras, en las que tiene su peso la herencia de *Annales*.

1929-1984: *Annales*, la historiografía y la antropología

Sin que estas páginas se conviertan en un tratado erudito acerca de tan importantes temas, no está de más recordar los aportes de *Annales*, de Marc Bloch y de Fernand Braudel, entre otros, con respecto a las vinculaciones de la historia con la antropología, y, en general, con otras ciencias sociales.

La revista "Annales d'Histoire Economique et Sociale" (desde 1945 "Annales, Economies, Sociétés et Civilisations") vio la luz como espacio de discusión acerca de los nuevos enfoques y diversas corrientes historiográficas de la época. Nació en Francia en el año de 1929, fundada por Lucien Febvre y Marc Bloch. De acuerdo con Peter Burke, "fueron los directores de lo que podría llamarse la revolución historiográfica francesa".² Concuero con Burke en considerar sus aportes como revolucionarios, dados los conceptos y métodos innovadores introducidos por estos historiadores, que cambiaron la manera de practicar la disciplina como se había venido haciendo hasta entonces.

Los historiadores de *Annales* se vieron influidos por el marxismo de manera que George Duby, representante ya de la tercera generación, después de 1969, afirma que el marxismo para él representa una herramienta de análisis de excepcional eficacia heurística. Agrega que mucho de lo que queda vivo en la escuela histórica francesa tiene orígenes en el marxismo.³

De manera general, los miembros de esta escuela, la que compartía las posibilidades de método y del conocimiento científico con otras escuelas sociohistóricas, trabajando muchas veces en equipo y considerando las relaciones interdisciplinarias, presentaron al mundo académico los siguientes aportes:

- a. Reflexiones acerca de qué es la historia y quién la hace.
- b. Una modificación del concepto de tiempo.

- c. Una exclusión de las formas tradicionales de historia política y narrativa.
- d. La idea de que la praxis prevalece sobre la teoría pero tomándola en cuenta.
- e. Una importante apertura hacia otras ciencias, abriendo así nuevos territorios para la historia. Cabe aclarar que las relaciones con otras ciencias por parte de los historiadores franceses no se inició con *Annales*, pues ya la geografía de Vidal de la Blache, la sociología de Emile Durkheim y la economía de Francois Simiand se venían hilvanando a la historia. Además, la antropología no se ha mantenido oculta en las corrientes histórica anteriores a *Annales*, pero es aquí cuando sobresale.
- f. Un concepto de cultura con un enfoque antropológico: el modo de vivir y de sentir de toda la población. A continuación trataremos con mayor profundidad las relaciones de los historiadores de esta escuela con la interdisciplinaridad y con la antropología.

***Annales* y la interdisciplinaridad**

Después de que en 1903 Francois Simiand lanzara un desafío a los historiadores para que dejaran la veneración a sus tres ídolos tradicionales, a saber, el ídolo político, el individual y el cronológico, los invitó a participar en el estudio de fenómenos regulados por leyes verificables, de sistemas de causalidad.⁴

Dentro de esta perspectiva, la sociología se ofreció como *fédératrice* y proveedora de modelos, lo que motivó en 1929 a Bloch y a Febvre a elaborar un programa en beneficio de una nueva historia, que respondiera a las esenciales preocupaciones de Simiand. Este nueva historia deviene en la gran *fédératrice* de las ciencias sociales de la modernidad.

Annales amplió el campo de la historia hacia la naturaleza, el paisaje, la demografía, los intercambios y las costumbres, entre otros temas, desertando del terreno de lo político. Renovó el discurso histórico, y lo económico se convirtió en uno de sus intereses primordiales. El cambio presupone otra concepción en el taller del historiador, más allá de las fuentes escritas. Series estadísticas, flujos monetarios, tendencias demográficas se convierten para ellos en nuevos objetos de interés, lo que abrió las puertas hacia otros ámbitos de la vida humana.

Después de la Segunda Guerra Mundial es cuando aparece el modelo interdisciplinar institucionalizado en Francia, en la Sección VI de la Escuela Práctica de Altos Estudios, desde donde se exporta al exterior y se reproduce ampliamente durante las décadas siguientes. Marc Bloch piensa que las ciencias humanas no tienen necesidad de renunciar a su particularidad, pues cada ciencia representa un fragmento del movimiento universal y posee una estética del lenguaje que le es propia. Además, define la interdisciplinaridad como una cooperación entre especialistas de distintas disciplinas y no como un esfuerzo en favor de la unificación de las ciencias humanas. Sin lugar a dudas, eran partidarios del trabajo en equipo.⁵

Annales promovió el trabajo colectivo como herramienta investigativa, lo que devino en uno de los patrimonios más importantes de dicha escuela, promoviendo después de 1929 un diálogo fecundo con las otras ciencias hermanas de la historia.⁶ Debemos reconocer que esa herencia no ha pasado desapercibida en otros centros de investigación de distintos países europeos y americanos, incluyendo a Costa Rica, como mencioné en párrafos anteriores. Después de la pos-guerra comenzó lo que Dosse denomina la “fase Braudel”, caracterizada por el interés en el estudio de las mentalidades, preconizada por Bloch y Febvre. A la vez, en la década de los años 50, Braudel, alumno de Febvre, promovió la historia “casi inmóvil”, con lo que es posible observar una respuesta que generó un espectacular desarrollo de las ciencias sociales.⁷

En 1949 el mayor reto al pensamiento de los historiadores de *Annales* fue lanzado por el antropólogo estructuralista

Claude Lévi-Strauss en su artículo "Historia y etnología", comprendido en la obra *Antropología Estructural*.⁸ Lévi-Strauss otorgaba a la antropología social una vocación hegemónica, como antes lo hiciera Simiand con la sociología durkheimiana.

Argumentaba este antropólogo que la historia era incapaz de alcanzar o conocer las estructuras profundas de la sociedad, por lo que estaba condenada al empirismo, a lo observable. Sostenía que la antropología se situaba al lado de lo conceptual, y que era capaz de acceder a las expresiones inconscientes de la vida social por medio del método etnográfico. Para él, la historia solamente podía acercarse a las expresiones manifiestas, conscientes.

Es Braudel quien sale ante Lévi-Strauss con su artículo "Histoire et Sciences Sociales: la Longue Durée" (*Annales*, fin de 1958). En él argumenta que la antropología tiene como objeto de estudio las sociedades "frías" en un tiempo inmóvil, a lo que ofrece como alternativa a todas las ciencias sociales la larga duración histórica como lenguaje común. Sin duda, este importante concepto de Braudel abre con mayor amplitud las puertas para el diálogo interdisciplinar. Este episodio marca con fuerza un hito en las relaciones entre la historia y la antropología.

Historia social e historia antropológica en *Annales*

André Burguiere afirma que, "asistimos en efecto, gracias a la constitución de la Escuela de los *Annales*, no al nacimiento sino al renacimiento de una historia antropológica".⁹ Llegan a ello por la vía del estudio de la vida cotidiana en una concepción multidimensional de la realidad social, lo que implica estudios de lo habitual. Pero va más allá.

Los aspectos ceremoniales entran a escena con una importancia inusitada. Marc Bloch, en *Los reyes taumaturgos*, es expositor de cómo se puede acceder a conocimientos de corte político por medio del estudio de un ritual asociado a la institución monárquica.

Braudel, por su parte, en *Vida material y capitalismo* trata temas del traje, el hábitat y la alimentación, por ejemplo. Son claramente problemas que bien pueden ser de la competencia de otros sectores de la historia. Por lo tanto, afirma Burguière, la antropología histórica no tiene dominio propio. Pero, reflexiona que “la antropología histórica corresponde quizás mucho más a un momento que a un sector de la investigación histórica”.¹⁰ ¿Y qué sucedía en Gran Bretaña mientras tanto con los historiadores marxistas? ¿Cuál era su relación con *Annales* y cómo manejaron algunos de ellos su relación con la antropología? Cabe dedicar algunos párrafos a ellos, porque también forman parte de la herencia que recibimos los estudiantes del Posgrado en Historia en la Universidad de Costa Rica.

Los historiadores marxistas británicos, la antropología y la cultura

Los historiadores marxistas británicos (1946-1956), especialmente Eric Hobsbawm y Rodney Hilton, estuvieron entre los primeros en dar la bienvenida a *Annales*. Señala Peter Burke que tal vez porque coincidían en la lucha contra el predominio de la tradicional historia política. Además porque aceptaban el énfasis puesto en la larga duración y en las estructuras, así como por la importancia brindada a la totalidad.¹¹ Su incorporación de algunas de las ideas de la escuela francesa sugería ya otros enfoques en sus talleres, entre los que se incluirían la concepción de los campesinos como agentes políticos, lo que a su vez demandaría una “historia desde abajo”.

En el caso concreto de Hilton, después de analizar la relación que lo conduce a proponer el enfoque citado, se preocupa por el papel que pudo desempeñar la cultura en la construcción de una conciencia de clase, junto con la lucha de clases, la ideología y la conciencia. Propone una visión de mundo más compleja por parte de los campesinos, y considera los orígenes del individualismo como idea, valor o práctica cultural.¹²

Entre los historiadores marxistas británicos destaca también E.P. Thompson, de quien resumiremos sus ideas principales respecto de la cultura. No podemos dejar de citar a Renato Rosaldo cuando afirma que:

"I often wish that E.P. Thompson were an anthropologist. His work is admirable and it has served as an inspiration to my own. It embodies an anthropologically sophisticated conception of culture. For him, cultural traditions are selected, recombined and invented as an active part of class formation".¹³

Tales palabras son elocuentes, sin duda alguna. Debemos recordar que Thompson mantuvo un serio debate con el estructuralismo de Louis Althusser, y criticó a Raymond Williams por favorecer una concepción de cultura como consenso. Contra los conceptos de estaticidad, sincronía, estructura y consenso en relación con la cultura, Thompson proponía los de cambio, experiencia, conflicto y lucha. De paso, tampoco estaba de acuerdo con el concepto de cultura tal y como lo proponía el antropólogo E.E. Evans-Pritchard, uniforme y estático.

Thompson es claro en cuanto a la relación que debía mantener la historia con la antropología. Él es, a nuestro entender, uno de los historiadores que se expresan con mayor claridad al respecto. Para él, la antropología podía colaborar en la localización de nuevos problemas, observar viejos problemas de nuevas maneras, enfatizar normas y sistemas de valores, no perder de vista los rituales relacionados con revueltas y disturbios, y fijar atención alrededor de las expresiones simbólicas de autoridad, control y hegemonía. Además, señala el valor de la etnografía.¹⁴ No podemos dejar de reflexionar ante este cambio de perspectiva como uno que dinamiza la interpretación histórica, pero a la vez la humaniza, al contemplar los aspectos culturales y otorgarles un lugar destacado. Podríamos decir que es un enfoque menos sociológico y, sí, más antropológico.

En síntesis, parte de la influencia de *Annales* en los historiadores marxistas británicos podría tomarse en el sentido de que fue necesaria una mayor amplitud

interpretativa, que incluyera el concepto de cultura para explicar transformaciones históricas que habían sido tratadas principalmente bajo enfoques político-económicos.¹⁵ Como conclusión, vale señalar que, con base en el desarrollo historiográfico de la primera mitad del siglo XX, el proceso de modernización tiende el hilo conductor en los trabajos históricos de orientación antropológica que se preocupan por las épocas posteriores a la Edad Media o a culturas extraeuropeas.

Si bien hasta aquí hemos revisado a historiadores europeos en su relación con la antropología y el concepto de cultura, ahora es pertinente movernos al otro lado de la calle y repasar a algunos antropólogos en su relación con la historia.

La antropología y la historia

Las relaciones entre ambas disciplinas datan de más atrás en el tiempo, pero parecen estrecharse en la primera mitad del siglo XX. Ya en 1938 el antropólogo norteamericano Melville J. Herskovits reflexionaba acerca de la necesidad de emplear técnicas historiográficas aplicadas a materiales documentales para acercarse a problemas de aculturación. Escribía este autor lo siguiente:

“El método a seguir al abordar estas cuestiones de los orígenes es uno dual en el cual se ve con claridad la relación recíproca entre la historia y la etnología. En este caso, por ejemplo, es solo en los documentos donde pueden hallarse las necesarias relaciones de las costumbres, así como los nombres de los lugares, personas y ciudades del Africa Occidental que son esenciales si queremos establecer las fuentes tribales de origen”.¹⁶

En esa década hablaba también de otros conceptos propios de la antropología de aquella época —a la que Herskovits se refiere como etnología en el texto citado— como difusión, cambio cultural y asimilación. El interés por la cultura es central entre los antropólogos norteamericanos. La cultura, creada y recreada por el hombre,

subyace entretejiendo todas las relaciones humanas del pasado y del presente. El concepto de cultura ha conformado el centro de interés de la antropología, y ha sido injertado en el tronco de la historiografía. Pero el injerto ha requerido de cuidadosas podas y abonos. Comenta Niklas Luhman que el espectro del concepto se ha ampliado tanto que abarca desde los fundamentos simbólicos de la acción hasta la totalidad de los artefactos humanos. Incluye máquinas electrónicas, tatuajes en el cuerpo, culturas complejas y cotidianas, así como la cultura de tribus arcaicas y de las sociedades modernas.¹⁷ Es claro que un concepto de tanta amplitud se vuelve casi inútil por su imprecisión. Nacen esfuerzos por precisarlo y dinamizarlo.

Bernard S. Cohn escribe en 1980 acerca de la importancia de otorgarle a la cultura el rango de proceso en construcción continua y no de una mera clasificación de rasgos. Su constante estado de transformación obedece a que la cultura es el resultado del pensamiento humano y que como este, es susceptible al cambio.¹⁸ Añade que los sistemas de representación —etiqueta, códigos de conducta, rituales político-religiosos y los mitos— son apropiados para estudiar la construcción de la cultura. Estos fenómenos, más que organización o estructuras (o, lo que el antropólogo denomina “comportamientos”), son los que permiten entender y comprender los sistemas de representación.

Comenta que el objeto de estudio de la Antropología Histórica o de la Historia Antropológica (pues no hace una distinción entre ambos campos de estudio), va a estar ligado a aspectos culturales como el honor, el poder, la autoridad, la reciprocidad, los códigos de conducta, los sistemas de clasificación social, la construcción del tiempo y del espacio y los rituales. En este sentido, podríamos reflexionar en la cultura como un concepto histórico, siguiendo a Niklas Luhman, antes citado. Puede observarse la coincidencia del pensamiento de Cohn con algunos historiadores de *Annales*, por lo menos con Braudel y con Marc Bloch.

En relación con otros aspectos metodológicos de los que se puede beneficiar la historia, Cohn sugiere al historiador salir al campo y conocer y familiarizarse con otras culturas. Además, lo insta a revisar los archivos y

los documentos. Nosotros añadiríamos a estas recomendaciones la conveniencia de que el historiador no olvide la geografía y el ambiente natural actual del espacio en el que se desarrollaron los problemas que investiga. A veces los cambios ambientales que se suponen inmensos entre el pasado y el presente, no son de dimensiones significativas y son de gran ayuda en las reconstrucciones de problemas históricos.

Al reflexionar con agudeza acerca del pensamiento de Cohn concluimos que posee una clara distinción entre las especificidades de ambas disciplinas. La práctica que sugiere bien podría asemejarse a lo que muchos historiadores y antropólogos actuales tildarían de “ethnohistoria”, pero él no lo dice así, ni siquiera menciona el vocablo en su artículo. La denomina Antropología histórica.

Peter Burke define la “ethnohistoire” de la siguiente manera:

“Ethnohistoire”: una expresión incierta. Lo que el mundo anglo-hablante llama antropología, es llamado a menudo por los franceses ethnologie. En consecuencia, ethnohistoire significa “antropología histórica” (que podría ser más exacto llamar historia antropológica) antes que “ethnohistoria” en el sentido norteamericano de la historia de pueblos analfabetos”.¹⁹

Herskovits, antes citado, hace referencia al método y tampoco habla de ethnohistoria, en lo que coincide con Cohn.

Cambios en la antropología a fines del siglo XX

En 1987 Hans Medick²⁰ opina en la misma dirección que Cohn en cuanto a la necesidad del historiador de recurrir a la antropología. Sin embargo, su posición difiere en cuanto a que se apoya en la “descripción densa” de Clifford Geertz, sugiriendo cambios metodológicos que se contraponen a la concepción teórico-metodológica alcanzada por la historia como ciencia lograda antes de la década de los setenta.²¹

El método de Geertz consiste en sumergirse lo más posible en el seno del medio estudiado, para sí poderlo describir desde su "interior". Ello sugiere que la sociedad es posible de ser estudiada como un texto, idea que señala la influencia de Michel Foucault y su noción de "práctica discursiva". Añade que el interés por el discurso abre nuevas puertas de interés a los historiadores y permite, a la vez, espacios de trabajo interdisciplinar. Las propuestas de Foucault, de Geertz y más adelante de Hayden White, conducen a que algunos piensen que la historia no es una disciplina científica, más sí un género literario que no diferencia entre el discurso ficcional del realista.²²

Medick, a pesar de los cambios en los enfoques que sugiere a los historiadores y de una explicitación del papel de la teoría en Geertz, habla de antropología histórica, donde Iggers incluye a Marshall Sahlins también. Al respecto del problema con el método, Jurgen Kocka comenta que:

"el procedimiento metodológico propuesto por Geertz significa "el abandono de la racionalidad metódica y un retroceso hacia un neohistoricismo"... Geertz y Medick quieren evitar el aproximarse a su objeto con planteamientos y teorías explícitas, para, en su lugar, dejar al descubierto una "teoría innata de los sujetos históricos".²³

Iggers, acertadamente, comenta que la historia de la vida cotidiana y la antropología histórica, al estilo de Geertz, quieren restringir expresamente la influencia de las teorías a fin de no violentar el objeto de la investigación. Se cuestiona si es posible prescindir de teorías explícitas, con lo que su observación se orienta hacia la de Kocka.²⁴ Eso sí, Iggers, sabiamente, es muy claro al señalar que algunos de los estudios microhistóricos no descuidan los vínculos entre la historia regional o local, aunque sí presentan una imagen más matizada de estos problemas.

Medick retoma unas ideas de E.E. Evans Pritchard difundidas en la década de los años 50: "La antropología debe elegir entre ser historia o no ser nada. La historia debe decidir entre ser antropología social o no ser nada".²⁵

Si hacemos un balance entre la época de ese antropólogo inglés, la del estructural-funcionalismo y las ideas posmodernas de Geertz, comprendemos que la antropología ha sufrido, sin duda alguna, cambios profundos que han afectado a la disciplina histórica.

En su devenir hasta el presente, los antropólogos han ido luchando por ampliar su objeto de estudio más allá de un concepto de cultura estático y reificado. Han tratado de acercarse a la historia de varias maneras, aunque, debemos admitirlo, no siempre lo logran. En muchas ocasiones topamos todavía con investigaciones antropológicas, incluyendo las arqueológicas, en las que la dimensión histórica, paradoja incomprensible, está ausente.

De paso y siguiendo con el cumplimiento de los objetivos de estas páginas, vale señalar que no utilizamos en nuestra obra ni a Medick, ni a Geertz ni a Hayden White. No separamos nuestros resultados de las bases materiales, siguiendo un proyecto más hacia los autores de *Annales* y de los marxistas británicos, que de los posmodernos. Por lo tanto, la crítica de la obra que hace Solórzano, calificándola como parte de “estudios culturales”, no nos parece procedente ni pertinente. En ninguna parte incluí aspectos que podrían caracterizarla de esa manera. Si de algo podría calificarse es, más bien, de hacer uso de una antropología bastante tradicional, por cierto, y alejada de las postmodernas tendencias de los estudios culturales, tipo Geertz, por ejemplo.

La antropología se interesa por los hombres, las mujeres y los niños; se preocupa también por expresiones culturales y sus cambios, como la música y la danza; toma en cuenta los procesos de mestizaje más allá de lo biológico, donde las culturas se hibridan. Su aporte a la historia matiza los resultados ortodoxos de una historia en blanco y negro, sin sacárselos de la manga: ahí están los documentos, las fuentes. No hay nada inventado.

La historia ha demostrado que esos fenómenos y espacios ocurren en situaciones de violencia y de no-violencia. Que en procesos como el de la conquista, el tiempo se toma en cuenta: no se pasó matando personas ni arrasando pueblos indígenas constantemente. Se hizo uso de

otras maneras más sutiles para conquistar, y se abrieron espacios para que hombres, mujeres y niños se relacionaran de otras maneras. Y en los procesos de colonización, sin borrar ni ignorar de ninguna manera la situación colonial desigual, explotadora y cruel, los hombres y las mujeres se amaron, los niños nacieron y jugaron, nuevas variantes fenotípicas y culturales surgieron. Mestizos, mulatos, indios, negros y españoles conformaron las bases de nuestras actuales sociedades centroamericanas. Esa es la novedad-realidad que presenta mi libro, la que tanto molesta a Solórzano. Uno de los aportes consiste, casualmente, en señalar que aún en las más difíciles e injustas de las situaciones, los cambios, intercambios y fusiones se dan. Ese es uno de los resultados de la investigación histórica y no una “interpretación simplista del pasado”, como dice Solórzano.

Algunos detalles más sobre la conquista y la colonización

La obra fue pensada para abordar dos fases distintas: la conquista, definida como la ocupación militar de un determinado territorio y como una fase depredadora, según Murdo MacLeod. Y una segunda fase, la colonia.²⁶ Como bien decimos, la distinción entre ambas fases no es abrupta, pero se pueden percibir momentos de cambio, en los que en la misma Nicaragua a veces se viven momentos de colonia, mientras en las afueras de las ciudades se siguen correrías militares de conquista. Durante la conquista y la colonia los conquistadores aplicaron otras tácticas, además de la fuerza militar, para someter a los indígenas. Para ello se valían de distintos mecanismos, entre ellos el del intercambio. Esta actividad representó una columna vertebral en las sociedades indígenas, la que incluye más que un “dando y dando”, y es más que una transacción de objetos materiales. Es más que algo puramente “cultural”, material. Tomarlo en cuenta en la obra no es acercarse a interpretaciones o influencias culturalistas, es acercarse a la vida material, social y mental de los antiguos pobladores.

La obra también emplea un acercamiento a la etnicidad, a las relaciones interétnicas para enfocar la conquista desde otra perspectiva. Es un recurso metodológico que brinda diferentes resultados. Es un aporte de la antropología. No se trata tampoco de un enfoque culturalista, pues aunque lo cultural tiene su espacio, no gira alrededor de ello. “Entre la solidaridad y el conflicto” es el subtítulo, valga recordar. Son las alianzas y los desacuerdos, los delicados “juegos” entre dominados y dominadores en un contexto colonial.

Hay que partir de que la obra es una investigación histórica con un fuerte enfoque metodológico en la larga duración temporal: de 800 d.C. a 1544 ¿Qué es la historia sino el estudio de cambios? ¿Cómo vamos a percibir los cambios —todo tipo de cambios— que ocasionó la conquista en Nicaragua y en Nicoya, si no conocemos antes a sus pobladores? Debemos conocer su modo de vida, su producción, sus relaciones sociales, sus redes comerciales, su inserción en relaciones de intercambio a corta y a larga distancia, y, de ser posible, su manera de pensarse a sí mismos en el mundo.

El cambio —en lo material, en lo mental— se logra percibir en las fuentes documentales, a veces violento, otras veces menos abrupto. El cambio se puede observar también cuando se detectan procesos, los que muchas veces son de larga duración. La obra representa el análisis de distintos procesos, a diferentes ritmos, de los modos de vida indígenas, obligados por la misma situación colonial. Pero estos cambios son a veces el resultado de estrategias escogidas por los mismos indígenas que van a redundar en la sobrevivencia del grupo como indígena.

Cuando en la obra se habla de las palabras de Nancy M. Farris, de una aculturación estratégica²⁷ que lleva a los actores indígenas a realizar algunos cambios con el objetivo de conservar lo esencial, lo propio, no se trata únicamente de aspectos culturales, entendidos de una manera muy tradicional, como rasgos diacríticos. Se trata más bien de ciertas decisiones que toman los indígenas, dentro de la difícil e injusta situación colonial, para sobrevivir como indígenas. Este concepto me pareció valioso, puesto

que otorga actoría o “agency”, a los indígenas en la sociedad colonial, dejando atrás aquellos estudios en los que lo que predominaba era una visión en la que los dominados fueron eso, personas sin voz ni acción. Las maneras de ejercer resistencia, de colaborar o no en determinadas tareas, o de aceptar o rechazar algunos cambios según conveniencia, son ejemplos de una “aculturación estratégica”. A ella agregamos las ideas de Cardoso de Oliveira, cuando alude a la “identidad latente”, en el sentido de que por algunos momentos los indígenas pueden fingir estar “aculturizados” cuando les conviene, pero, en el fondo, con su gente, siguen conservando lo propio, su esencia. Se trata, pues, de mecanismos de sobrevivencia en un mundo trastocado. Por ejemplo, asistir a actos religiosos cristianos y vestir y actuar como cristianos pero seguir realizando ceremonias religiosas indígenas ocultas. O asistir a cenar a casa de españoles para luego volver “a lo propio”. Podemos preguntarnos si esto es un enfoque culturalista o un recurso metodológico que permite ver cómo la historia se acerca a la antropología para producir una historiografía colonial en la que se le den espacios a los indígenas, en la que podamos escuchar sus voces.

Erróneamente, Juan Carlos Solórzano afirma que la autora se inspira en Bernard Cohn (1987) cuando se refiere a estudios de procesos culturales, artículo que yo ni consulté. La autora no cifra su investigación en procesos culturales, sino en procesos históricos en los que la dimensión cultural, como dimensión y no como cosificación, también desempeña un papel. Lo que tomo de Cohn y en lo que coincido²⁸ es su preocupación por que las investigaciones de situaciones coloniales se efectúen de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo, lo que implicaría que, para entender a los actores indígenas, no pueden obviarse los conquistadores. Ello significa estudiar a todos los actores de la conquista dentro del contexto colonial, explotadores y explotados. Las estructuras coloniales deben estar presentes en una investigación histórica que pretende rescatar a los actores indígenas, otorgándoles su lugar en la conquista. Creemos que esto queda ampliamente demostrado en la obra.

Comentamos en la obra que parte de la manera de acercarse a los indígenas, con fines de explotación, fue por medio del intercambio. Los conquistadores ya sabían —de su experiencia en Panamá— que intercambiando no solo podían obtener riquezas, sino hasta prisioneros que esclavizar. ¿Qué podemos decir de Gil González Dávila? Su método inicial fue el intercambio en sitios de la costa del Pacífico de Costa Rica; y de allí, en Nicaragua, pasó al robo y al pillaje. Pero el mecanismo del intercambio fue el que le permitió acercarse a obtener el botín que se llevó. ¿Walt Disney? ¿Pocahontas? ¿Versión rosa de la historia, como dice Solórzano?

El ejemplo de lo que ocurrió en la Culata del Golfo de Urabá, es eso, un ejemplo de otras formas de conquista: acercarse también por medio del intercambio para tratar de hacer las paces para obtener beneficios materiales de los indígenas. No es una comparación lo que hace la autora, como dice Solórzano, sino es un **ejemplo** dentro del territorio de Panamá, Costa Rica-Nicaragua, área contemplada en esta investigación, de que “dando y dando”, —inclusive hospedaje, diversión y alimento—, era otra manera de conquistar. ¿Objetivos fraternales? ¡Qué va! El concepto del intercambio es sumamente complejo. Implica relaciones materiales, sociales y mentales complicadas, es un eje central de la vida indígena en la América Central de antaño. No se le debe tomar de manera superficial.

Creemos que en la obra queda clara la violencia de la conquista, el holocausto causado por epidemias, conquistadores, abusos y expoliaciones, y la desestructuración de las sociedades indígenas. La obra parte de una visión de la conquista que se encuentra lejos de visiones blancas o rosadas de esa época. Lo que sí hace es señalar y rescatar otros aspectos sociales y humanos que también sucedieron, por lo que no niega las conclusiones de otros autores sobre la conquista. Los enriquece al ofrecer más explicaciones a procesos sociales antes alcanzados por otros historiadores. En este caso, no compartimos la opinión de Solórzano de que la obra obedece o sigue corrientes culturalistas. Ni tampoco que alcance interpretaciones en las

que la cultura *per se* sea reificada. Se trata de una obra histórica en la que se injertan en el eje de la conquista y principios de la colonia otros procesos no necesariamente militares, así como las respuestas por parte de los indígenas, cambios que también formaron parte de la vida de hombres, mujeres y niños de esos años.

Notas

1. Publicada en enero del 2003 por el Museo Histórico Cultural Juan Santamaría. El artículo de Solórzano se titula "El desarrollo de la historiografía colonial en Costa Rica (1992-2002)", pp. 47- 85.
2. Peter Burke. *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales, 1929-1984*. Barcelona: Editorial Gedisa, 1990.
3. André Nouschi. *Initiation aux Sciences Historiques*. Nathan Université, 1993, p. 88.
4. Estos párrafos se apoyan en Francois Dossé, "L'Ecole des Annales: Histoire d'Une Conquete", en Jean-Paul Ruano-Borbalan, Coordenator. *L'Histoire aujourd'hui*. Editions Sciences Humaines, Cedex, 1999, pp. 280 – 283. (Traducción de la autora).
5. Gérard Noiriel. *Sobre la crisis de la historia*. Madrid: Frónesis, Cátedra Universitat de Valencia, 1997, p. 34. Ver también Marc Bloch. *Introducción a la historia*. México: F.C.E., 1988, p. 57.
6. *Ibidem*.
7. Dosse, *op. cit.*, p. 281.
8. Claude Lévi-Strauss. *Antropología Estructural*. EUDEBA, 1961.
9. Burguière, André, "La antropología histórica", en *La Nueva Historia*, bajo la dirección de Jacques le Goff, Roger Chartier y Jacques Revel. Enciclopedias del Saber Moderno, Mensajero, **s.f.**
10. Burguière, *op. cit.*, p. 46.
11. Burke, *op. cit.*, p. 97.
12. Harvey J. Kaye. *Los Historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*. Universidad de Zaragoza, 1989, pp. 84-90.

13. Renato Rosaldo. "Celebrating Thompson's Heroes: Social Analysis in History and Anthropology". En: Harvey J. Kaye y Keith McClelland, editores. *E.P. Thompson. Critical Perspectives*. Politi Press, 1990, p. 103.
14. Rosaldo, *op. cit.*, p. 106. (Traducción de la autora)
15. Ver Kaye, *op. cit.*, p. 214.
16. Melville Herskovits J. *Acculturation. The Study of Culture Contact*. New York: Augustin Publisher, 1938, p. 59. Diana Iznaga, *Transculturación en Fernando Ortiz*. La Habana: Editorial de las Ciencias Sociales, 1989, p. 47.
17. Niklas Luhman. "La cultura como un concepto histórico". *Historia y Grafía*, UIA, n. 8, 1997, p. 11.
18. Bernard S. Cohn. "History and Anthropology: the State of Play". *Comparative Studies in Society and History*, 22 (2), April, 1980.
19. Burke, *op. cit.*, pp. 110-111.
20. Hans Medick. " "Missionaries in the Row Boat?" Ethnological Ways of Knowing as a Challenge to Social History". *Comparative Studies in Society and History*, 29 (1), January, 1987.
21. Remitirse a Medick, *op. cit.* , pp. 81-88 y a Iggers, G.C., *op. cit.*, pp. 82-96.
22. Gérard Noiriel. *Qu'est-ce que l'histoire contemporaine?* Paris: Hachette, 1998, p. 124.
23. Jurgen Kocka, citado por G. Iggers, *op. cit.*, p. 85.
24. Citado por Medick, *op. cit.*, p. 79.
25. Ver Ibarra, p. 18.
26. Nancy M. Farris. "Indians in Colonial Yucatan: Three Perspectives". Mac Leod, Murdo y Robert Wasserstrom, eds: *Spanish and Indians in Southeastern Mesoamerica: Essays on the History of Ethnic Relations*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1983.
27. Bernard Cohn. "History and Anthropology: the state of play", *Comparative Studies in Society and History*, 22 (2), New York: Cambridge University Press, 1980.
28. *Idem.*